



“Este Estadito liberal, anémico, decadente, nos combate a unos y otros con las medidas angustiosas, chinchorreras e inútiles que le, sugiere su inspiración agonizante. ¡No importa! Esto pasará, y vosotros, o nosotros, triunfaremos sobre las ruinas de lo que por minutos desaparece. Para bien vuestro y NUESTRO –aunque ahora no lo creáis y aunque a veces hayamos dialogado a tiros–, será nuestra revolución nacional la que prevalezca. ¡Arriba España!...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 384 (2ª Época). Septiembre 2024

1. **Palabras de obligado cumplimiento.** *Manuel Parra Celaya*
2. **Nosotros, los federalistas.** *Carlos León Roch*
3. **Puigdemont en el retablo de Maese Pedro (Sánchez).** *José Ignacio Moreno Gomez*
4. **El tesoro escondido de Rosario de Velasco.** *Angélica González*
5. **Con la Iglesia hemos topado.** *Héctor Luis González de la Granja*
6. **Rosa Krüger.** *Juan Manuel Sayago Guzman*
7. **El diario Arriba, uno de los primeros en informar de Mauthausen.** *EFE*
8. **Arrese y el brazo civil del Régimen.** *Jorge Vilches*
9. **Eugenio Montes, un intelectual silenciado.** *Manuel Rivero Pérez*
10. **Juan José Espinosa.** *Eterno caminante de Castilla*

El totalitarismo democrático no solo afecta al ámbito de la política en su estricto sentido, sino que invade, cada vez más, la esfera de lo personal, de la intimidad incluso, y, por supuesto, del lenguaje y del pensamiento; recordemos que este viene condicionado por aquel, y no a la inversa: lo que decimos ha pasado previamente por esa especie de censura social y nuestro cerebro se ve constreñido por el uso de los términos que empleamos y por el rechazo de los que nunca pronunciamos por el influjo de esa censura.

No me voy a referir aquí a la presión que ejercen las GAFAM (acrónimo de Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), es decir las grandes empresas tecnológicas así como de Netflix y Disney, para ejercer la dictadura woke, que sería otro tema; de un modo mucho más casero, me referiré a otra cierta conminación,



puramente nacional en teoría, que, del mismo modo pero a otra escala, abduce a una inmensa mayoría de españoles. Me centraré en dos ejemplos, sobradamente conocidos, pero que no dejan de tener importancia en ese trasvase lenguaje-pensamiento al que he aludido.

Empezaré por un término que, desgraciadamente, por razón de nacimiento y de domicilio, me afecta de cerca: independentismo, palabra que podemos calificar sin temor a equivocarnos de institucional; la emplean todos los políticos, casi sin excepción notable, como si se tratara de un acuerdo indiscutible y previo (y, a la peor, lo es) para identificar a aquellas personas, grupos y partidos que no aceptan ser españoles y pretenden romper la integridad nacional; como es lógico, por el mecanismo psicosociológico mencionado antes, ha pasado a ser común en las tertulias y en la calle.

No escucharemos nunca, ni a diestra ni a siniestra, mencionar los vocablos separatistas o secesionistas; y, sin embargo, nos parecen los más adecuados para definir esta postura. La razón es evidente: independentismo tiene una connotación positiva, casi heroica en el lenguaje común, capaz de suscitar simpatías, pues, al decir de la RAE, “en un país que no tiene independencia política, movimiento que la propugna o reclama”, mientras que secesión -según también la Madre Academia- es “el acto de separar de una nación parte de su pueblo y territorio” y separatismo, por su

parte, viene definido como “la doctrina política que propugna la separación de algún territorio para alcanzar la independencia o anexionarse a otro país”; como se puede ver, estos dos últimos términos nunca estarán en los labios de personajes del PP o del PSOE, ya que tienen, evidentemente, una connotación negativa, rechazable para muchos españoles; y no se trata de dorar la píldora, ahora, a los enjuagues de Pedro Sánchez, sino que el uso o no uso de estas palabras, respectivamente, data desde los lejanos tiempos de la Transición, para que veamos adónde se pretendía ir...

Como anécdota, recuerdo que cada 11 de septiembre, la Diada de Cataluña, donde se confundía (y se sigue confundiendo) la Guerra de Sucesión con una guerra de secesión. TV3 insertaba en su programación la película “El Álamo”; y no porque le interesara especialmente el asedio de la Misión de San Antonio de Béjar por los ejércitos del general Santana, sino por unos minutos de gloria en que David Croket (John Wayne) glosaba entusiásticamente la palabra independencia ante la mirada entusiasmada del coronel Travis (Laurence Harvey). Por supuesto, no se trataba de una casualidad.

Un segundo término, devenido en institucional, es, como todos sabemos, el claramente mostrenco de Latinoamérica o América Latina, que prolifera entre propios y extraños, por ejemplo en las numerosas tiendas de comida latina (¿) que instalan nuestros inmigrantes. Proviene de una pillería del diplomático francés Michel Chevalier para justificar la invasión de México por las tropas de Napoleón III para situar en el trono de esa nación al desdichado Maximiliano de Austria.

Al llegar a este punto, es obligado repetir -con otro sentido, claro- la frase del Quijote de “con la Iglesia hemos dado”, pues no solo la emplean todos los políticos españoles, sino que no se cae de la boca o de la pluma de sermones, homilías o documentos eclesiásticos, y eso mucho antes de que Bergoglio ocupara la Silla de Pedro; concretamente, ya se usó desde los años 60, al instaurarse el colegio Pío Latinoamericano de Roma.

También, cómo no, forma parte del léxico preferente del mundo yanqui, y del marxista; esto es así hasta tal punto que hemos quedado en minoría quienes preferimos el uso correcto e indistinto de Hispanoamérica o Iberoamérica, que viene a ser lo mismo, al menos para quienes hemos leído a Camoens. Por mi parte, ya he desistido de razonar con esa mayoría aplastante que se empecina en usar el término equivocado, y me limito a preguntar, con sorna, qué legión romana descubrió, conquistó y colonizó aquellas tierras, antes de que nacieran los EE.UU: y el Vaticano se enterara de que

existía un Nuevo Continente donde los misioneros españoles ejercían su labor de evangelización.

Basten, por hoy, estos dos ejemplos tan sabidos de palabras de obligado cumplimiento; fijémonos que ambas tienen como objetivo para batir a España y a lo español, su historia y su futuro.

Otro día quizás me centre en las palabras vitandas, aquellas cuyo uso debe rehuirse también por la censura; y solo cito, de pasada y como ejemplo, el sofoco que la ha producido al Sr. Borja Sémpér, portavoz del PP, la tremenda acusación de falangistas que el Sr. Monedero ha lanzado contra el partido, y que ha merecido, por cierto, una ácida y maleducada respuesta del dirigente popular, como es corriente en el uso parlamentario de nuestros días.

2

Nosotros, los federalistas

Carlos León Roch

Por supuesto, los joseantonianos somos decididamente federalistas, porque esa actitud, con el sufijo “ista” indica nuestra tendencia, nuestro propósito de unidad con instituciones o naciones próximas, en las que respetamos profundamente, su identidad, sus características propias y su autonomía en muchas cuestiones. Porque el federalismo se creó para vincular países y regiones absolutamente independientes, en una Entidad mayor. Los LAND alemanes del siglo XIX, uniéndose en una poderosa nación...sin renunciar a su identidad y a sus atribuciones, son un ejemplo próximo y de eficacia probada.

Porque las Federaciones han sido creadas para “unir lo que está separado...no para romper lo que está unido”. Sí, los falangistas tenemos ilusiones federalistas...Cuando cruzamos el Tajo y entramos en Portugal, nos sentimos como cuando vamos a comer-(Ay, el bacalao...)- a casa de nuestro hermano. Y recordamos los 600 millones de hispano hablantes de América, de África y de Oceanía, con gestos como las Hermanitas Religiosas de Puerto Rico, enarbolando la bandera española a la arribada de cualquier buque español...Sí, el mismo Puerto Rico en donde existe un partido político partidario de la vuelta a la Hispanidad ...

La federación de los países con cultura, religión, tradiciones y lengua hispana (castellana y portuguesa), constituye una hermosa ambición, casi utópica, que engarza



perfectamente en nuestras creencias, que trascienden de la política de partidos al uso...

Una vez lograda esa Federación Hispánica de Naciones, con un mando unificado y centralizado para las grandes cuestiones políticas de Asuntos Exteriores, de Defensa, de Justicia, de igualdad y de Sanidad, sin duda se vería con agrado la posibilidad de confederarse con otros Bloques de similar configuración; como la Federación Rusa, los Estados Unidos de América del Norte (USA) u otros que pudieran surgir, en busca de una buena convivencia y colaboración internacional.

Pero en el ámbito doméstico sorprende la ignorancia – o la maldad- de políticos de distintivo signo que hablan en España de “Federación”...cuando están pensando en “Confederación”; es decir, en naciones soberanas que están juntas mientras les interese, ya que la soberanía de cada miembro se mantienen la Confederación...y podrían, legalmente, separarse.

Y esos buscan la Confederación porque -algunos- saben que ya estamos en un “cuasi” Estado Federal, con grandes transferencias de poder a las Regiones, aunque les denominen -púdicamente- Estado de las Autonomías. Jamás es aceptable el término de “plurinación” ni el de Confederación. Ni abierta ni solapadamente.

3

Puigdemont en el retablo de Maese Pedro (Sánchez)

José Ignacio Moreno Gómez

Pedro Sánchez es un hábil titiritero. A veces se pasa de zafio; pero para buena parte de su público el espectáculo es resultón. Sus marionetas se yerguen sin advertir que les tiran del hilo, aunque, pronto, cuando cesa la tensión, desfallecen irremisiblemente.

Con Puigdemont aún no se sabe quién es la marioneta y quién el titiritero; parece como si ambos pudieran intercambiar sus papeles, y hacen méritos por dirigir el retablo. No obstante, la última salida a escena del Puchinell, atolondrada, cutre y con escaso argumento le ha restado puntos. Puigdemont no es Melisendra ni está cautivo de los moros; tampoco, puestos a hacer representaciones históricas, daría la talla para encarnar al mítico Guifré el Pilós.

El tal Guifré el Pilós, Wifredo el velloso en español estándar, es considerado, con mayor o menor fundamento, padre de la patria catalana. Wifredo el piloso, fue un rebelde vasallo del rey Carlos “el Calvo” –paradojas de la Historia– y figura señera para el catalanismo antifranquista (no se precipiten, que ahora lo aclaro), pues propició de facto la independencia de los condados catalanes respecto de la monarquía franca; y es notorio que los catalanes, obstinadamente, huyeron de cualquier adscripción al reino de los francos. De ahí su antifranquismo (por si acaso alguno había pensado en

alguna otra atribución anacrónica de tan maldito calificativo). La verdad es que el único nexo certero entre Puigdemont y el noble protocatalán acaso sean las pilosidades. Las del circunspecto Puchinell, en su cuero cabelludo, son tan inextricables como el propio laberinto catalanista; y la indómita espesura de su pelambarrera es seguro que comprometería seriamente la estabilidad de la barretina: prenda imprescindible, por otro lado, para completar el atrezzo de “caganet del siglo”. Este último es título para escena navideña al que los desordenados peristaltismos que le provoca al político catalán la perspectiva de habitar una mazmorra, le han hecho al Puchinell merecedor indiscutible. Este papel otorgaría al que otrora fue llamado honorable ciertas posibilidades de mantenerse como personaje del retablo; si bien muy decaído en cuanto a dignidad y decoro respecto de anteriores cometidos.



El futuro del escurridizo caganet resulta hoy día incierto. No fue nada brillante su fugaz y nerviosa exhibición en Barcelona. Claro que tampoco fue brillante la actuación de los diferentes cuerpos policiales, nacionales y autonómicos. Las justificaciones, excusas y escenificaciones ulteriores, (con uso de extemporánea e inoportuna operación jaula incluida) de los gobiernos nacional (es un decir) y autonómico no es que careciesen de brillo; es que exponen a las claras la asentada estupidez de quienes piensan que somos más lelos de lo que en realidad somos (y ya lo somos bastante). Los gobiernos, nacional (es un decir) y regional propiciaron aquel limitado y cochambroso espectáculo del prófugo de Waterloo ¡Cómo iban a detener a quien sostiene al felón en el gobierno y a quien recibió tantas sonrisas y abrazos de la vicepresidenta del mismo, así como del resto de la cohorte de embajadores gubernamentales meses atrás! ¡Qué imperdonable falta de hospitalidad hubiera sido!

Al expresidente de la Generalidad le aterrorizan la fealdad y la tristeza del patio del presidio; y, desde luego, no se va a dejar detener. La amnistía prometida por Sánchez parece que hace algunas aguas, y sobre los fervorosos independentistas catalanes planea cierto desánimo. No tienen que preocuparse demasiado: ERC y el salvífico Illa velarán porque, al menos, “las pelus” detraídas al resto de los españoles engorden las arcas regionales.

También es cierto que el Puchinell nos deja a los españoles, catalanes incluidos, un esperanzador legado: en cuarenta años de Régimen del 78, jamás se habían visto tantas banderas de España en calles, ventanas y balcones (ni siquiera con ocasión de eventos futboleros); jamás se habían dado tantos vivas a España y a su unidad; jamás se habían concitado tantos y tan variados fervores patrióticos al grito de ¡Puigdemont a prisión!

No es justo que el rescoldo que dejaron los ardores rojigualdas del pasado otoño quede para alimentar braseros domésticos mientras contemplamos a las ascuas en su declive y apagamiento; tampoco para calentar charangas patrioterías de escaso calado. Esperemos que los españoles no retornemos a esa fría indiferencia que arrastramos consuetudinariamente hacia todo lo relacionado con el sano y virtuoso sentimiento de pertenencia a un proyecto común, solidario y de vocación universal, que tiene más de quinientos años de solera; esto es, al patriotismo más auténtico.

Ahora, más que nunca, se impone un esfuerzo intelectual e imaginativo, justo y razonable, para hacer del rechazo al nacionalismo particularista, diferenciador, retrógrado e insolidario, una fuerza cohesionadora, integradora, de futuro y profundamente solidaria y fraterna, tanto “ad intra” como “ad extra”.

De dos maneras se podría frustrar esta oportunidad:

- Una manera sería negando el problema y sus causas; haciendo del dontancredismo y de la postergación de las soluciones más valientes norma política y programa tácito de gobierno. Esta ha sido la fórmula tradicionalmente usada por la derecha conservadora para sobrellevar las incomodidades que la cuestión catalana –y la vasca– provocan periódicamente: procurar que todo siga igual –por aquello de “mejor no meneallo”–. Aunque hayamos de seguir cediendo al chantaje de los partidos nacionalistas para poder estabilizar gobiernos y aprobar presupuestos. Habría, por el contrario, que reformar las leyes electorales, así como las funciones y composición del Congreso y del Senado. Y, sobre todo, habría que acertar a revitalizar el proyecto común de España y hacerlo apetecible y sugestivo para todos los hombres y mujeres, independientemente de la región que habiten y de la lengua que escucharon por vez primera.

-Otra manera de frustrarla, aún más grave, consistiría en asimilar los argumentos de los nacionalistas para transmutarlos en principios constitucionales. Es lo que tanto se viene oyendo de modificar la Constitución para que, en unos años y de forma legal, los referéndums de autodeterminación se puedan plantear de un modo ordenado y pacífico, con la aquiescencia y beneplácito de todos los españoles.

El reconocimiento de las nacionalidades históricas por la Constitución del 78 fue un error; es exactamente la misma fórmula de “España como nación de naciones” que algunos proponen ahora. En aquella ocasión se utilizó una palabra relativa al gentilicio, la nacionalidad, para difuminar el más potente término de nación. En definitiva, lo de antes y lo que algunos pretenden ahora, de cara al futuro –quíerose o no admitir– es afirmar la existencia de unos sujetos de soberanía que pueden aspirar a fragmentar la soberanía de ese otro ente superior que es la Nación española. Se reafirman las partes para negar la existencia del todo, o, al menos, instalar las raíces de ese todo en un terreno extremadamente movedizo y superficial.

Hay que decir que tal modo de entender las relaciones entre España y sus regiones (regiones muy concretas históricamente, pues no se trata de todas) tiene sus antecedentes en un viejo régimen foral del que no hemos hecho todavía la digestión. Se trata de rescatar sin perspectiva histórica las “leyes viejas” reivindicadas tanto por tradicionalistas (sé que algunos amigos carlistas se van a enfadar conmigo) como por jeltzales (los de Jaungoikoa eta lege zaharra, que es el lema del PNV). Y es que, para algunas cosas, en España somos muy dados a aferrarnos a la tradición; pero no con espíritu de adivinación de lo que ésta exige en tiempos modernos, sino como anclaje en un pasado que nos impide avanzar.

Ya es hora de que superemos definitivamente fórmulas antiguas. El siglo XX no ha pasado en vano; los movimientos de población de unas regiones a otras dentro de nuestra península, como consecuencia de cambios en el modelo productivo, han sido intensos y profundos. El que un tal Rufián aparezca como cabeza de una versión del catalanismo es algo más que una anécdota. La deuda de Cataluña o del País Vasco con la clase obrera andaluza o extremeña –podríamos citar más regiones–, es enorme y difícilmente liquidable; la globalización a escala peninsular provocó una urdimbre de hilos y de lazos tan espesa que, hoy día, hacen imposible una desmembración que no cause jirones esperpénticos y traumáticos. Lejanas y capitidisminuidas quedan las razones sentimentales de payeses y rabasaires; o las de caseros, junteros y euskaltzaleak, frente a otros problemas más actuales y acuciantes, que son comunes al resto de los que cohabitan las tierras de Cataluña o de la Euskalherria española.

La cultura, la lengua, la idiosincrasia de los distintos pueblos, de las regiones con fuerte personalidad que conforman nuestra Patria, han de ser protegidas, cultivadas y, además, compartidas con el resto. Se trata de derechos que van más allá de unos supuestos “derechos de los pueblos”. Son, efectivamente, y más bien, derechos de las personas que nacen y viven en, y de, una comunidad; y todos tienen el derecho a usar la lengua de sus padres y abuelos; el derecho a organizarse en sociedad con arreglo a ciertas peculiaridades; el derecho, en definitiva, a mantener vivas las raíces que nos aportan savia y nutrientes a todos desde el tronco común.

Pero protegidos esos derechos, así como los derechos comunes –no los olvidemos– inherentes a la condición compartida de ciudadanos de un mismo país y de seres humanos, nada justifica pretendidos derechos a la autodeterminación: los proclame un grupo de forma unilateral o se lo quieran reconocer, tras una reforma de la Constitución, el resto de los españoles. El suicidio de España como nación sería, por mucha fórmula dialogada que se encontrase para ello, aparte de un ejercicio de muy soberana necedad, una traición a las generaciones anteriores y a las generaciones posteriores.

La Constitución del 78 dice “fundamentarse” en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles. Es decir: esa

unidad es la que le da soporte y razón de ser al ordenamiento que sigue. Pero la unidad de España no es una norma establecida, sino un hecho fundante que se reconoce. Esto lo tenemos claro, precisamente, muchos de los que votamos no a dicha Constitución.

Hay que desmitificar el poder omnímodo de las urnas. Aunque a algunos esto les suene hoy a herejía, pocas cosas importantes se deciden a votos. La Historia también emite su sufragio; y éste sí que es insobornable y sonoro. El destino de la humanidad, por encima de toda pretendida soberanía, exige recorrer un camino de retorno, en sentido inverso al seguido tras la hecatombe de Babel, para llevarnos a la situación anterior a aquel momento en que los hombres dejamos de entendernos por culpa de las lenguas y de las particularidades nativas. Los pasos dados en ese sentido son irrevocables. Y ¡Ay del que eche la vista atrás! ¡No!, España no fue ningún error.

Es hora ya de que algún quijotesco paladín se atreva a destrozar a mandobles (dialécticos, por supuesto) el maldito retablo de Maese Pedro (Sánchez).

4

El tesoro escondido de Rosario de Velasco

Angélica González para Diario de Burgos

Toya Viudes creía que las pinturas de gran tamaño que su tía-abuela Rosario de Velasco hizo durante su estancia en Las Machorras en los años de la Guerra Civil habían desaparecido. Moisés Gutiérrez Solana no tenía ni idea de que esos dibujos que durante 20 años presidieron el altar de la iglesia de su pueblo y que después del incendio de 1959 quedaron escondidos tras un retablo llegado del Monasterio de Rioseco tenían tantísima importancia. La recuperación del legado de la pintora de la Edad de Plata, parte de cuya obra se expone ahora en el Museo Thyssen, ha llevado a su descendiente a hacer un trabajo infatigable, una labor casi detectivesca para reunir el mayor número posible de sus cuadros, la mayoría desperdigados por colecciones particulares, y para ello se está ayudando de las redes sociales y los medios de comunicación convencionales, a través de los cuales lleva años pidiendo ayuda para sus pesquisas. En esas estaba, en concreto en la cadena Cope, cuando Moisés, que a sus 80 años tiene una memoria impecable, escuchó su historia y dio la voz de alarma al otro lado del receptor.

Viudes se dolía ante el micrófono, como ya lo había hecho antes en estas mismas páginas, de la desaparición de aquel retablo que su tía-abuela pintó en la ermita del pueblo con las figuras esbeltas, sencillas y de colores sólidos tan propias de la autora, algún jilguero, pájaro por los que sentía tanta predilección Rosario, y el inconfundible símbolo de sus iniciales con el que firmaba todas sus obras, una erre dentro de una gran uve. «Era el 3 de julio sobre las 5,40 de la tarde -rememora el anciano con precisión militar- iba a Espinosa en el coche y llevaba la radio de fondo pero no la

estaba haciendo mucho caso hasta que oí que en varias ocasiones citaban a Las Machorras, así que presté más atención y ya escuché hablar de la pintora y decir que ese trabajo ya no existía. Al día siguiente fui a buscar a Lidia, que tiene la llave de la ermita, y le dije, alarmado, que contaban en la radio que habían desaparecido».

Lidia regenta con su hermano el bar de la localidad y recuerda que Moisés llegó preguntando si era verdad que esas pinturas ya no estaban. Así que ambos fueron a la iglesia, que está consagrada a Nuestra Señora de las Nieves, y abrieron una pequeña puerta ubicada en la zona inferior izquierda del retablo, constataron que seguían allí en el estrecho habitáculo que hay entre la pared y el retablo, coligieron que eran la obra de esa artista de la que ahora habla todo el mundo y buscaron más información en internet. Enseguida dieron con la dirección de correo electrónico de Toya y Lidia le

escribió para darle la buena nueva. No solo aquellas pinturas al temple no se habían borrado del todo sino que el octogenario le podía dar a su descendiente un testimonio directo y distinto de la presencia de Rosario en el pueblo, ya que recordaba perfectamente cómo su madre, Carmen Martínez, hablaba de ella porque la conoció y fueron vecinas. «Siempre se preguntaba que qué habría sido de aquella pintora. Tenía muy buen recuerdo de ella. 'Cuánto gustaba escucharle', me decía», rememora.

Cuando Toya Viudes le oyó contar esto -el pasado miércoles, 24 de julio- no pudo evitar emocionarse, lo que le ocurrió a lo largo de toda la jornada. Era la primera vez que visitaba Las Machorras, donde vivió parte de su familia en 1938 y 1939 y que veía la obra que creía desaparecida y el paisaje que acompañó a Rosario en aquellos años de la Guerra Civil. Hasta encontró,

prácticamente intacta, la casa ante la que en aquellos años la pintora posó con su hija María del Mar en brazos y en la que, probablemente, vivió. «Es impresionante saber que aquí estuvieron mis bisabuelos y las hermanas de mi abuelo, Rosario y Lola, con sus maridos y con sus hijos. Ojalá podamos hacer algo para que las pinturas no se deterioren más y para que el pueblo se entusiasme con la restauración de la obra».



Y es que las pinturas tienen un desgaste extraordinario. Fueron terminadas el 23 de marzo de 1939, tal y como la pintora dejó impreso en la pared. Durante 20 años los vecinos las pudieron contemplar a diario en misas y otras celebraciones y el propio Moisés, que fue durante algunos años monaguillo, se pasó horas frente a aquellas figuras, pues por entonces los concelebrantes se ponían de espaldas al público y, por tanto, frente a aquellos ángeles. Hasta que llegó el 8 de diciembre de 1959. Un violento fuego prendió y destrozó la figura de la Virgen María, el costoso manto que llevaba, de trece kilos de peso con incrustaciones de oro, y tiznó buena parte de la obra de Rosario. ¿La solución? Colocar delante un retablo traído del Monasterio de Río Seco, que cubrió la totalidad de los dibujos sin que nadie echara cuentas de que se tapaba con un relevante patrimonio otro no menos valioso al que, además, se dejaba completamente desprotegido.

«Ni siquiera cuando hace unos pocos años -recuerda el alcalde, Roberto Ortiz-vino una empresa a restaurar el retablo y sus profesionales vieron las pinturas que había detrás no dijeron absolutamente nada de que aquello podría tener algún valor». Es lo que ocurre con las mujeres artistas, invisibilizadas incluso para quienes se desenvuelve en ese ámbito. La doctora en Historia del Arte Esther López Sobrado lo sabe bien, lo lamenta -«es increíble el olvido al que estuvieron sometidas las mujeres del 27»- y por eso contactó con Toya Viudes y se ha puesto a su disposición para ayudar a conseguir que se restaure. El día 24 también estaba en Las Machorras. «Es algo magnífico el planteamiento que hace Rosario en estas pinturas presentándolas a modo de un tríptico que resulta muy interesante», añade López Sobrado, que encuadra a De Velasco dentro del estilo de la llamada 'nueva objetividad' o 'regreso al orden', dentro de las vanguardias del periodo de entreguerras.

La obra se hizo con pintura al temple que en la actualidad está profundamente desgastada: «Ahora mismo lo que urge, urge, urge es su consolidación para que no se sigan cayendo más trozos y posteriormente una limpieza», indica la experta, que ya se ha puesto en contacto con un restaurador al que le ha enviado algunas fotos. Además, señaló que sería conveniente que nadie volviera a entrar ya en el estrecho receptáculo en el que se encuentran los dibujos, empresa para la que es necesario prácticamente tumbarse en el suelo y reptar ya que, como se ha dicho, se encuentra en un lugar angosto detrás del retablo.

De esto tomó muy buena nota el alcalde, que se comprometió a no dejar entrar a nadie en tanto se decide cómo actuar y se consiguen las ayudas pertinentes. «Estaría bien que la Junta o el Ministerio de Cultura o la Diputación, es decir, cualquier institución, se implicase en colaborar para recuperar una pieza única que aún se puede salvar». Es de la misma opinión el cura, Alejandro Ruiz, que sabe bien que todo son necesidades para el inmenso patrimonio que tiene la Iglesia Católica y que la propia ermita de la Virgen de las Nieves necesita un buen arreglo. «Ojalá nos puedan ayudar pero ya nos hemos quedado fuera del convenio de las goteras y yo no sé muy bien el

porqué ya que no conozco los criterios del Arzobispado, la Junta y la Diputación. Aquí hay culto, tiene una gran relevancia cultural y hay un gran sentimiento popular a su alrededor, qué vengan si quieren el día de Todos los Santos, que hay más gente que en el cementerio de Burgos», añade el páter.

Matilde Fernández, nacida en Las Machorras, donde pasa sus veranos, también se animó a acudir a la iglesia a conocer a Toya Viudes, a contarle que su madre hablaba de Rosario y que su tía Áurea fue una de las vecinas que al principio de la Guerra Civil ayudaron a esconder el manto de la Virgen, que estaba cuajado de oro y fue un regalo de Isabel II al pueblo de Las Machorras, pues cuentan que de allí procedía una de sus amas de cría. «Imagino -aventura Viudes, que cuando llegó Rosario al pueblo la iglesia no estaba en buen estado y ella, que era profundamente creyente, hizo piña con la gente del pueblo y quiso pintar allí para ayudar a recuperarla». Casi 90 años después, «urge», como dice López Sobrado, recuperar de nuevo el tesoro de esa iglesia, el tesoro de Rosario de Velasco.

5

Con la Iglesia hemos topado. La cuestión religiosa en Falange

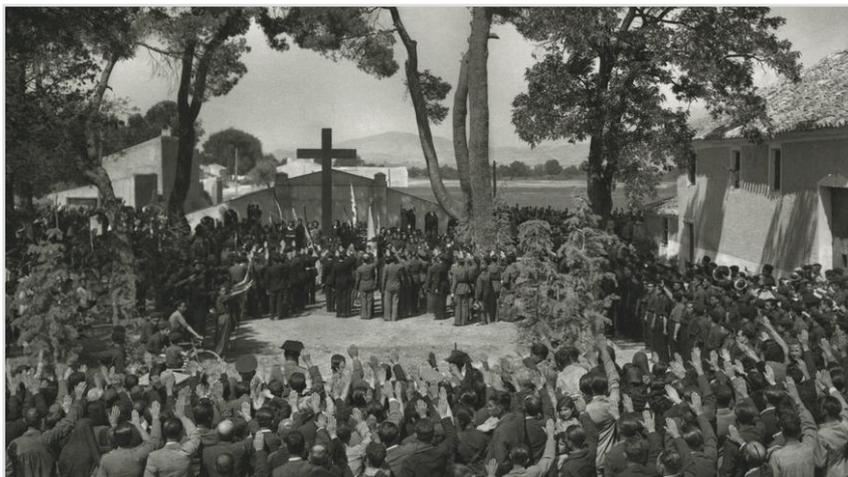
Héctor Luis González de la Granja para IDEAS

En no pocas ocasiones se acostumbra a dar las cosas por sentadas y el ámbito político es un espacio donde suele suceder esto. Así, es habitual que se haya entendido que falangismo y catolicismo son dos elementos que van de la mano. En sectores izquierdistas, de hecho, se tiende a ver a esta unión como algo natural. Sin embargo, las cosas nunca son —ni fueron— tan simples. Falange Española, en el momento de formar un único partido con las JONS, tuvo una serie de debates importantes, e incluso tensos, a propósito del papel que el catolicismo debía jugar en la nueva agrupación y, por extensión, en España. Unos debates sumamente sugestivos que, por cierto, también se habían dado en sectores ideológicos italianos y franceses homólogos al falangista. Como tantas otras cosas valiosas, en España este episodio está un tanto olvidado, pero atendiendo a efemérides recientes, como el 18 de julio, qué mejor momento para rescatar este pedacito de historia. Este artículo constituye una invitación para acercarse a ese instante de nuestro ya clausurado siglo.

Si en algo es prolijo nuestro idioma es en refranes, modismos y demás categorías de dichos. Los dirigentes de Falange Española tropezaron por aquellos años con uno de los más conocidos —¡con la Iglesia hemos topado!— cuando tuvieron que sentar las bases ideológicas de su partido; unas bases, dicho sea de paso, que ponían en duda el sistema político, económico y social establecido, recordando en su retórica y en su

pensamiento a aquellos camisas negras que once años antes habían desfilado por las calles de la Ciudad Eterna.

A la hora de establecer sus postulados, Falange Española se vio obligada, por las circunstancias del momento, a tratar ciertos asuntos que, en principio, no revestían en el seno del partido una gran preocupación, al menos en un primer momento. Una de estas temáticas fue la conocida «cuestión religiosa». Pese a que los dirigentes falangistas centraban su atención en la lucha contra los separatismos locales, la oposición al enfrentamiento generado por los partidos políticos y la crítica a la división producida por la lucha de clases —algo que se encargará de recordar José Antonio en el único vídeo que ha llegado hasta nuestros días—, tratar el asunto religioso resultaba ineludible.



Así, el apartado VIII de los Puntos Iniciales, titulado LO ESPIRITUAL, se dedica íntegramente a discutir este hecho. En él se afirman cuestiones como que «la interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es además, históricamente, la española», o también «toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico», para terminar resumiendo toda esta idea política en lo siguiente: «el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos».

El texto no puede ser más claro ni más taxativo: catolicismo y nación están inextricablemente unidos, pues así lo ha determinado la historia nacional, haciendo que el pueblo español se sienta y se reconozca como católico de manera ineludible, por lo que mantener esta tradición es forzoso.

Sin embargo, los tiempos nuevos exigen que las formas «políticas» de Iglesia y Estado permanezcan separadas. Sólo así se podrá responder a las demandas contextuales, que para los falangistas exigían de un poder político vigoroso, independiente e indiscutible.

Sin embargo, aquí no se agota esta problemática. La cuestión del papel político de las instituciones religiosas sigue creando controversia y animando los corrillos del partido. Mientras tanto, Falange Española afrontaba cambios esperanzadores de cara a futuro, como suponía aumentar su fuerza al unirse a las JONS de Ramiro Ledesma Ramos. Ahora bien, tras esa incorporación se hizo necesario elaborar un nuevo

programa político que encontró acomodo en la Norma Programática de los Veintisiete Puntos. El punto 25 aborda específicamente la cuestión religiosa y se preocupa de clarificar el papel del catolicismo en la reconstrucción nacional, fijando el rol necesariamente subordinado, aunque importante, de las instituciones religiosas. Decía así: «Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional».

De extensión sensiblemente más reducida que el apartado VIII, FE de las JONS mantiene lo defendido por Falange Española desde un inicio, pero restando importancia a la catolicidad del Movimiento. La mano de Ramiro Ledesma Ramos estaba detrás, sin duda, de este cambio.

El líder jonsista había protagonizado con anterioridad polémicas relativas a la Iglesia, especialmente en 1931 con la quema de conventos. Llegó a escribir que no negaba «cierta eficacia rotunda a las llamas purificadoras». No puede decirse que Ledesma fuese el mejor haciendo amigos. Decidió ir incluso más allá, y en el mismo año también afirmó que «en nuestro programa revolucionario hay la subordinación absoluta de todos los poderes al Poder del Estado. ¡Nada sobre el Estado! Por tanto, ni la Iglesia, por muy católica y romana que sea». Estas opiniones reticentes al poder eclesiástico obedecían, en gran medida, a la consideración que tenía Ledesma acerca de la Iglesia y de todo lo que la rodeaba. El dirigente de las JONS veía a la Iglesia en cuanto institución como un potencial lastre para los objetivos revolucionarios que la nación necesitaba, es decir, Ledesma sospechaba que las jerarquías religiosas se comportarían de un modo excesivamente conservador, tratando de preservar su poder y sus privilegios. Pero no sólo eso, temía que la institución religiosa se afanara en rivalizar con el poder estatal. A ojos de Ledesma, el Estado proyectado debía ser omnímodo, por lo que compartir esferas de influencia política con otras estructuras tan sólo provocaría el debilitamiento del mismo, haciendo, precisamente, que dicho Estado ya no fuese totalitario, algo en lo que no estaba dispuesto a ceder.

Pese a que el punto 25, junto con el resto de la Norma Programática, sentaba de manera casi definitiva el pensamiento falangista, aún había alguien que tenía algo que decir en el matrimonio, no sabemos si bien avenido, entre catolicismo y Falange. El marqués de la Eliseda, Francisco Moreno y Herrera, consideraba que la Falange debía tener un marcado carácter clerical, pero este punto del programa dejaba a las claras que el camino a seguir iba a ser otro, por lo que tomó la decisión de anunciar con toda pompa su deserción, llevarse su dinero a otras opciones políticas más afines a su pensamiento y, finalmente, abandonar la formación; algo que, por otra parte, deseaba desde hacía tiempo. Con ello, el marqués estaba afirmando que FE de las JONS no le parecía lo suficientemente católica, es decir, lo debidamente apegada a la doctrina y a las decisiones de la Iglesia católica.

Esta resolución no gustó a las jerarquías falangistas y el ABC de la época se convirtió en la prensa rosa política del momento. José Antonio empleó sus páginas para responder al marqués y en la nota ofrecida a ese diario dudó del compromiso político del aristócrata, pues «el marqués de la Eliseda buscaba hace tiempo pretexto para apartarse de Falange Española de las J.O.N.S., cuyos rigores compartió bien poco». Primo de Rivera deja claro también que «el punto 25 del programa de Falange Española y de las J.O.N.S. coincide exactamente con la manera de entender el problema [religioso] que tuvieron nuestros más preclaros y católicos reyes», para terminar su invectiva atacando de forma clara a Moreno y Herrera, considerando que «la Iglesia tiene sus doctores para calificar el acierto de cada cual en materia religiosa; pero que, desde luego, entre esos doctores no figura hasta ahora el marqués de la Eliseda».

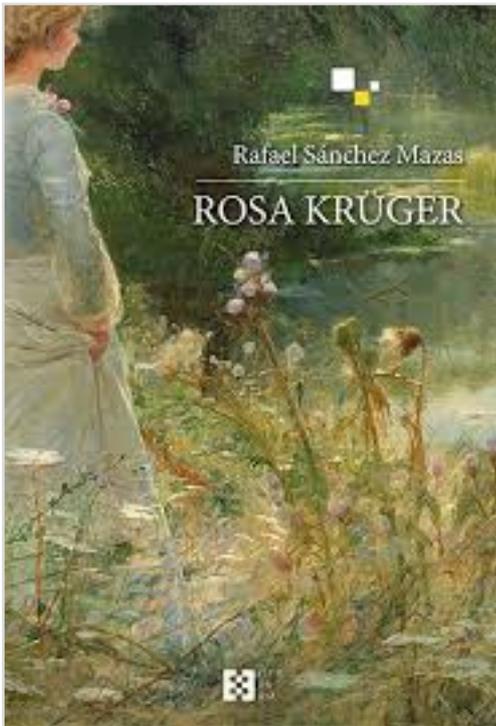
No cabe suponer que ambos aristócratas terminasen de manera cordial su relación, al menos de cara al público, pero tras estas últimas declaraciones del Jefe, el asunto religioso pareció visto para sentencia. Desde luego, tras esta polémica de 1934 no hay grandes escritos falangistas que hablen sobre religión, catolicismo o cuestiones clericales.

Sin embargo, merece la pena recordar un pequeño texto que José Antonio redactó mientras estaba prisionero, ya en 1936. Entre todas las preocupaciones que a un hombre se le pueden pasar por sus mientes cuando está cautivo y ve que su mundo se desmorona, la cuestión de su trascendencia, tanto de sí mismo como de la obra que ha elaborado a lo largo del tiempo, por pobre que sea, no puede resultarle ajena. Bajo este état d'esprit compuso estas líneas, casi pueden llamarse anotaciones, que reflejan la búsqueda incansable de Primo de un remedio para un mundo que él consideraba en crisis: «Solución religiosa: el recobro de la armonía del hombre y su contorno en vista de un fin trascendente. Este fin no es la patria ni la raza, que no pueden ser fines en sí mismos: tienen que ser un fin de unificación del mundo, a cuyo servicio puede ser la patria un instrumento; es decir, un fin religioso. -¿Católico? Desde luego, de sentido cristiano».

Negar la catolicidad de Falange resultaría por tanto temerario, pero darla por supuesta estaría al mismo nivel. No fue una cuestión que resultase clara, y el sentido católico que se incorpora a los postulados falangistas está más mediado por la propia religiosidad de sus líderes que por querer obtener apoyos eclesiásticos, cuya posibilidad, por otro lado, se vio inhabilitada cuando se abogó por una separación entre Estado e Iglesia. Por ende, no cabe más que concluir que Falange era católica en alma y pensamiento, mas no clerical, y para llegar a dicha conclusión tuvo que enfrentar conflictos externos, pero también, y sobre todo, controversias internas.

El gran Miguel Delibes dijo una vez «el ruralismo ha pasado a la historia en el momento en que la televisión ha sustituido al abuelo. El abuelo antes contaba historias y los nietos escuchaban boquiabiertos. Hoy día el abuelo no tiene nada que contar, sino que también tiene que mirar la televisión». Ese espíritu de mantener la tradición y la viveza de la palabra, de reunirse a contar relatos al amor de la lumbre en casas de piedra y cortijos donde los viajeros descansan tras largas jornadas de peregrinaje, de

escuchar las vivencias que nuestros mayores —cuya experiencia está justificada por un rostro tostado al sol de largas jornadas de labranza— es lo que esconde Rosa Krüger, una de las más emblemáticas novelas de Rafael Sánchez Mazas, rescatada de su letargo este 2024 por Ediciones Encuentro.



No es baladí esta cuestión, pues, pese a las facilidades que pone en nuestros días la digitalización, encontrar obras salidas de las plumas de esa luminosa generación cultural, surgida al calor de la convulsa década de los años 30, es una ardua tarea. Es más, hasta hace unos meses, conseguir un ejemplar de Rosa Krüger implicaba o bien fallar en el intento, o tener que pagar precios obscenos por ediciones que están cerca de cumplir medio siglo.

Además, este factor nos obliga a plantearnos la siguiente pregunta: ¿la condena al olvido de algunos literatos españoles es una cuestión política o relacionada con la calidad de sus escritos? La respuesta resulta, a priori, sencilla. Mientras son comunes y frecuentes las reediciones de Lorca, Alberti, Antonio Machado o Miguel Hernández —grandísimos exponentes de nuestras letras, sin lugar a dudas—, a otros como Rafael García Serrano, José María Pemán, Agustín de Foxá, Luis Rosales o el propio Rafael Sánchez Mazas, se les castiga confinando sus obras en polvorientos baúles.

Ahí es donde entra una obra como Rosa Krüger para demostrar la infinita calidad de esa generación de literatos, forjados en tertulias del madrileño Café Lion y La ballena alegre y en torno a la famosa «corte literaria de José Antonio». Incluso, cabe

decir, que Rafael Sánchez Mazas fue uno de los más cercanos amigos del fundador de Falange Española, quien le escribió una poética carta un día antes de ser fusilado: «Abraza a nuestros amigos de las largas tertulias de la Ballena [...]. Y que, a ti, a Liliana y a tus hijos os de Dios las mejores cosas».

Rosa Krüger: del aranés Puerto de la Bonaigua a la alsaciana flecha de Cupido.

«Lo que no se cuenta al amigo más íntimo se cuenta al compañero de posada que se encuentra en un viaje». Con esta cita, Sánchez Mazas narra en Rosa Krüger, bajo las palabras del protagonista Teodoro Castells, gran parte del espíritu que atesora la novela. Y lo cuenta con un magnífico criterio, pues, siguiendo la cita de Delibes, la primera parte del libro gira en torno a las historias que los pintorescos personajes que frecuentan la posada narran con maestría.

Estas tienen de todo: desde relatos marineros sobre grandes riquezas atesoradas por princesas turcas en las costas de la antigua Constantinopla, hasta relatos fantasmas, dignos de los más ilustres autores de terror victoriano, con torres encantadas y estatuas de piedra que cobran vida. Sus narradores tienen como punto de encuentro la posada familiar de Teodoro Castells en el Valle de Arán, romántico escenario y frontera pirenaica franco-española.

No es una elección azarosa la de Sánchez Mazas el enmarcar aquí el comienzo de la obra y hacer que girase en torno a los relatos fantásticos, pues, al igual que los puertos, las posadas son el lugar idóneo para que viajeros, caminantes y lugareños compartan historias y que los oyentes las vayan traspasando de generación en generación de forma oral. ¿Quién de nuestra generación no recuerda las historias que nuestros mayores nos contaron de odios ancestrales entre familias, amores furtivos o apariciones fantásticas en las solitarias noches veraniegas de la España rural? Ahí también es donde aprendimos a valorar la sabiduría que ellos tenían pues, como Alfonso X decía, «Así como el cántaro quebrado se conoce por su sonido, así el seso del hombre es conocido por su palabra».

Incluso, Sánchez Mazas hace una llamativa ligazón histórica entre la Grecia y Roma clásica con una tradición tan española como son los espectáculos taurinos. Ahí, sitúa a España como depositaria de una tradición heredada del mito del «torero Teseo» y el laberinto del Minotauro, al que el héroe «mató de una estocada». Los romanos recogieron esa tradición, cruzaron con ella los Pirineos y la extendieron por su amada Hispania, donde «los pastos crearon un toro de lidia, excepcional de poder, de inteligencia, de belleza y de ímpetu, y eso trajo un mayor virtuosismo al arte taurino».

Rosa Krüger también trata con maestría tanto la castiza manera española de ser y estar en el mundo, como de amar. No solo de una forma de amor carnal, sino el más trovadoresco amor cortés, entregado y distante. De este es presa el propio Teodoro Castells, desde que, como emigrante, queda prendado al ver a la joven alsaciana Rosa

Krüger en una estación francesa, cuando ella peregrinaba para visitar todas las Vírgenes de Provenza y recorrer la Costa Azul. A partir de entonces, Rosa Krüger se convertirá en la dama de los anhelos de Castells, en la Beatriz de Dante, por la que estaría dispuesto a cruzar el Infierno y el Purgatorio. En torno a esa senda, gira la novela.

Sánchez Mazas también deja marcado su espíritu católico en la obra, así como la nostalgia de España que sufre Teodoro Castells, como la que Antonio Molina y Juanito Valderrama cantaron en sus coplas —y tan común y triste en esos años 40—. De ese casticismo y ser español hace gala Castells, definiéndolo de manera tan ruda como poética: «Yo me sentía hombre firme de tierra firme, en el ancho descampado, hombre magro, desamparado y desvalido, pero duro y valiente bajo el vasto y antiguo cielo; en una palabra, catalán de España, hombre hispano latino, godo románico y romano, catalán de Europa, hombre real y soñado por la historia, positivo y simbólico».

Eso es Rosa Krüger: la confluencia de la tradición del espíritu español, la nostalgia del emigrado en su peregrinaje por el mundo, con la vista siempre puesta en la tierra que le vio nacer y, sobre todo, una historia de historias, un relato de amor, espiritual y de lucha. El estilo y la sensibilidad de Sánchez Mazas hacen de esta una de las más hermosas novelas del siglo XX español y, por ese motivo, es loable el esfuerzo que hacen editoriales como Encuentro u Homo Legens —con novelas como Señor de su ánimo de José María Pemán— por rescatar estos clásicos que, de otra forma, estarían condenados al olvido, lo que es una gran pérdida para la herencia literaria del siglo XX español. ¡Dejemos los prejuicios políticos, valoremos a nuestros escritores por su talento y disfrutemos del placer de sus obras!

7

El diario Arriba, uno de los primeros en informar del campo de concentración nazi de Mauthausen

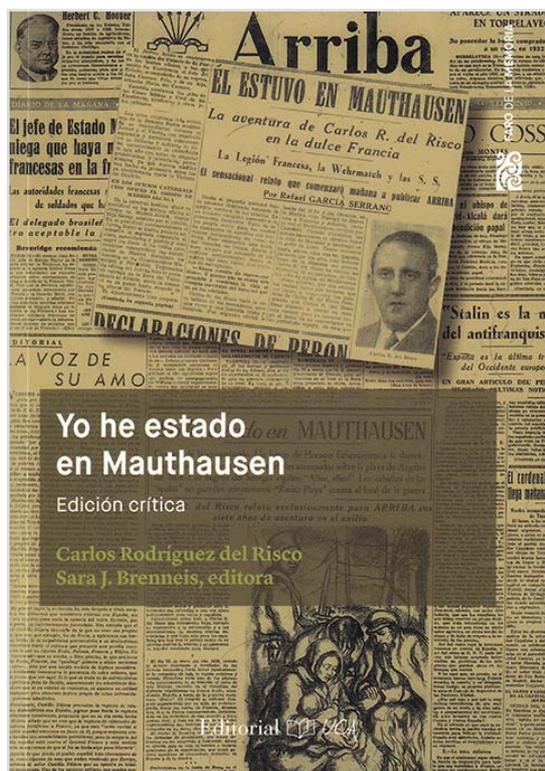
EFE para Levante

El diario 'Arriba', órgano oficial del régimen de Franco, fue uno de los primeros medios europeos -el primero español- en informar de la existencia del campo de concentración nazi de Mauthausen con una serie de artículos publicados entre abril y junio de 1946, ahora recogidos en edición crítica por la Universidad de Cádiz (UCA).

La serie periodística 'Yo he estado en Mauthausen' contó en 'Arriba' en 34 entregas -entre el 20 de abril y el 1 de junio de 1946- la peripecia del español Carlos Rodríguez del Risco, quien tras pelear en el bando republicano fue internado de los campos de concentración franceses, de donde salió alistado en la Legión Extranjera

para combatir contra los alemanes, que lo apresaron y lo deportaron a Mauthausen, donde sobrevivió cinco años.

Esta serie periodística, con ese mismo título, ha sido publicada ahora por la UCA en edición crítica de la profesora estadounidense Sara J. Brenneis, especialista en ese periodo histórico y catedrática de Español del Amherst College (Massachusetts, EEUU), quien afirma que Rodríguez del Risco fue "el primer exiliado español en publicar en su país natal una historia de sus años de exilio".



También fue la de Rodríguez del Risco, nacido en Vilanova i la Geltrú (Barcelona) en 1907, "una de las primeras voces en toda Europa en revelar sus experiencias sobre un campo de concentración nazi", lo que hizo de la mano del periodista y escritor Rafael García Serrano, consciente del alcance periodístico de su testimonio. Nada más ser liberado por el ejército norteamericano en mayo de 1945, Rodríguez del Risco se marcó como prioridad regresar a España, lo que logró hacer desde Francia, vía Argelia y Melilla, para luego trasladarse a la Península expresando su completa adhesión al régimen franquista.

Según Brenneis, el primer convoy de republicanos españoles llegó el 6 de agosto de 1940, con 392 hombres, al campo austriaco de Mauthausen que, para cuando fue liberado, de los 7.000 deportados españoles que fueron encerrados allí, dos tercios ya habían muerto. "Los nazis consiguieron cumplir sus propósitos con eficacia: de los casi 200.000 prisioneros que atravesaron por las verjas de Mauthausen entre 1938 y 1945, al menos 90.000 murieron allí, de los cuales 16.000 eran judíos", escribe Brenneis.

Rodríguez del Risco entró en Mauthausen junto con otros 168 españoles el 8 de septiembre de 1940 y, señala Brenneis, "estuvo internado en Mauthausen cinco años, y sometido a las mismas palizas, privaciones y humillaciones del resto de sus compatriotas" hasta que "el trato empezó a mejorar cuando fue asignado a un comando externo de trabajos forzados en la primavera de 1941".

Tras llegar a España y haber renegado de su "incierto apoyo a la República y a las convicciones antifascistas que le habían motivado a luchar contra Hitler", Rodríguez del Risco, que antes de la Guerra Civil había sido militar de carrera y guardia civil, se trasladó a Santander, donde en la primavera de 1946 el escritor Rafael García Serrano, subdirector de 'Arriba', lo entrevistó.

En la entrevista que abrió la serie de 34 artículos en los que el propio Rodríguez del Risco contó su historia, éste le aseguró a García Serrano que "más de un corresponsal extranjero" había reclamado su reportaje pero que él sólo estaba interesado en que lo publicara la prensa española.

El testimonio de Rodríguez del Risco, señala Brenneis, "daría al traste con la completa ignorancia sobre la matanza de republicanos españoles en los campos de concentración en la que se había mantenido al público español".

La historiadora también apunta que este testimonio se publicó "justo en pleno esfuerzo del régimen por distanciarse de Hitler, redoblar las declaraciones de neutralidad durante el conflicto y pulir la imagen de Franco como salvador de los judíos. Brenneis incide en que la serie 'Yo he estado en Mauthausen' no se parecía "a ningún contenido publicado en la prensa española hasta el momento" y que tendrían que pasar treinta años hasta la publicación de un informe completo de las experiencias de los españoles en ese campo de concentración.

La historiadora destaca el valor testimonial de Rodríguez del Risco porque, además de nombrar a víctimas y torturadores con nombres y apellidos que han sido corroborados por la historiografía, menciona a individuos que ni siquiera aparecen en los archivos.

Por eso se sorprende de que la serie de artículos de Rodríguez del Risco no tuviera ningún impacto y que "ningún historiador de los campos nazis" haya hecho referencia a esos artículos porque, en caso contrario, "Rodríguez del Risco hoy podría ser un nombre conocido, un Primo Levi o un Jorge Semprún".

8

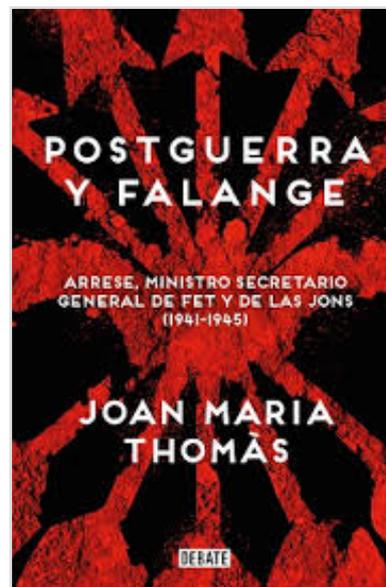
Falange y José Luis de Arrese, así se creó el brazo civil del régimen de Franco

Jorge Vilches para La Razón

La colonización de un régimen político, de sus instituciones, con la doctrina y los hombres de un partido no es algo nuevo. Esa invasión se lleva a cabo a través de la fuerza impositiva del Gobierno y de la legislación, que permite el nombramiento arbitrario de los altos cargos de la administración y la construcción de la mentalidad y la moral a través de la ley. Sobre esos dos pilares, el mando y la norma, se construye hacia abajo una red clientelar o de grupos sociales privilegiados que constituyen los leales al nuevo régimen, su apoyo popular. Este universo se ve refrendado con un periodismo dirigido por el poder, que esparce con eficacia los mensajes y la moral del poderoso. Es así que la fusión entre el Gobierno, el Estado y el Partido es el puente a un sistema que nada tiene que ver con la democracia, sino con el servicio a un proyecto político encarnado en un líder indiscutible y, al tiempo, instrumental para esa

parte de la sociedad que se beneficia de la situación. Este fue el rasgo típico de los totalitarismos y autoritarismos del siglo XX, pero lo vemos día a día. También aquí.

El primer caso español lo protagonizó José Luis de Arrese Magra entre 1941 y 1945, cuando desfascistizó a FET y de las JONS para convertir a esta organización en el partido único que impusiera sus doctrinas y sus hombres en la maquinaria del Estado. A partir de ahí, invadió la administración, intentó legislar, y creó una red clientelar al servicio del poder de un solo hombre, el dictador Franco. El proyecto y labor de Arrese permiten sacar un modelo que, salvando las lógicas distancias históricas y contextuales, resulta tan sorprendente como relevante y de gran actualidad. Por esto impacta el libro de Joan Maria Thomàs, titulado «Postguerra y Falange. Arrese, ministro secretario general de FET y de las JONS (1941-1945)» (Debate, 2024). Thomàs, mallorquín, es uno de los grandes especialistas en Falange. Catedrático de historia contemporánea y académico correspondiente de Historia, ha escrito libros imprescindibles para comprender ese periodo y dicho partido, como «La Falange de Franco» (2001), «El Gran Golpe. El “caso Hedilla” o cómo Franco se quedó con Falange» (2014), «Franquistas contra franquistas» (2016) y «José Antonio. Realidad y mito» (2017). Serio, riguroso, sin adoctrinamiento, como corresponde a un historiador profesional, su estudio sobre Arrese se basa, en parte, en documentación inédita facilitada por la familia del biografiado. El conjunto convierte su nuevo libro en un estudio muy interesante.



No todos los falangistas pensaban lo mismo y, además, Franco estaba decidido a tener una organización civil que funcionara como partido único y sobre la que sostener su colonización del Estado y el adoctrinamiento de la población. En ese choque tuvieron lugar los llamados «Sucesos de Salamanca», en febrero de 1937, que se saldaron con la lucha armada entre las dos facciones, y la muerte de un par de falangistas. Tras esto, Franco decretó la unificación de Falange con la Comunión Tradicionalista, y ordenó el arresto de los hedillistas, los falangistas opuestos a dicha fusión. Arrese fue uno de los arrestados, e incluso estuvo condenado a muerte. Le salvó Ramón Serrano Suñer. Aquello cambió a Arrese. Le hizo pensar que sin Franco no había nada posible. Era el año 1939.

Para entonces, tal y como cuenta Thomàs en su libro, Falange ya había pasado por varias mutaciones. La primera fue cuando José Antonio Primo de Rivera «fascistizó» al partido al añadir postulados anticonservadores, sindicalistas y ultranacionalistas. La segunda mutación fue la citada fusión con los tradicionalistas, en 1937, dirigida por Raimundo Fernández-Cuesta, que no pudo solventar los

problemas con carlistas, alfonsinos, militares y la Iglesia. Franco le sustituyó por Serrano Suñer en 1939. Fue la tercera mutación. Pero el «cuñadísimo» no supo arreglar la situación. Al hambre de la población se unieron planes imposibles, como la participación en la guerra mundial para obtener un nuevo imperio a costa de Francia, o la pacificación de los críticos. En 1941, Serrano Suñer quedó entre los falangistas que exigían conquistar el Estado para hacer su revolución, y la obediencia ciega a Franco.



Fue la crisis de mayo de 1941, que se saldó con el cese del «cuñadísimo» y el ascenso de Arrese, que haría lo que Thomàs llama «cuarta mutación», y que fue trascendental para el asentamiento de la dictadura.

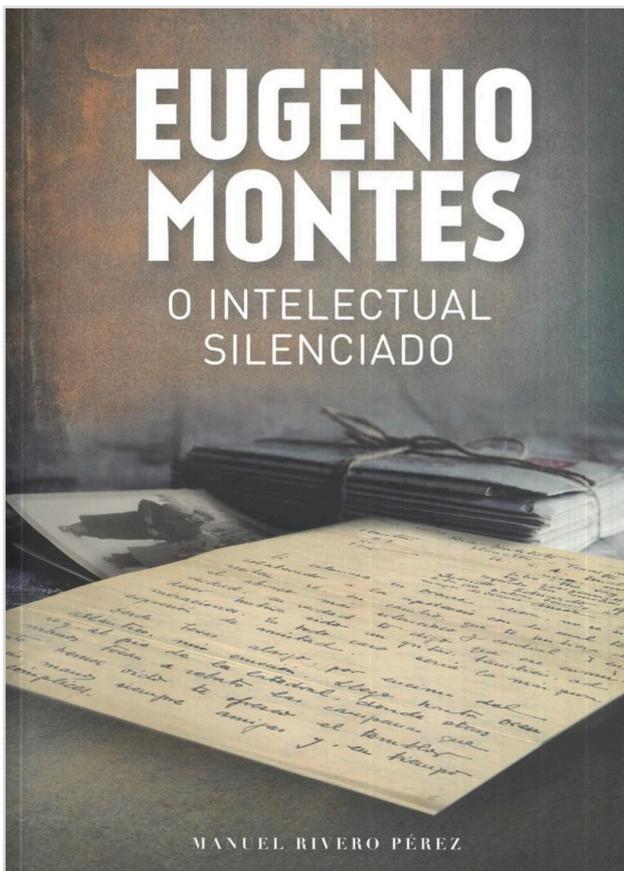
Arrese asumió como falangista la conveniencia de priorizar el poder de Franco a la realización de la revolución nacional-sindicalista. Combinó la lealtad ciega al Caudillo con la colonización doctrinal y partidista del Estado. Esto exigió una depuración inicial de las filas falangistas, con las típicas purgas de las organizaciones totalitarias, y acomodar el ideario de FET y de las JONS a Franco. Para eso

Arrese se presentó como el heredero de José Antonio y su máximo intérprete. De esta manera, su visión del pensamiento joseantoniano permitió una «desfascitización» de lo que fue el Movimiento Nacional para adecuarlo a las necesidades de Franco y a la previsible derrota de las potencias del Eje. Fue así como Arrese hizo que FET y de las JONS negara su carácter fascista desde 1943 para volcarse en el catolicismo, el ultranacionalismo y el anticomunismo como señas de identidad. Llegó a decirse que el fascismo era algo extranjero, ajeno a lo español. Esto constituyó lo que Thomàs denomina «giro arresiano».

El resultado fue la inclusión de los falangistas y de su nueva doctrina en el Estado, y la forja de una red clientelar satisfecha que compuso el apoyo social del régimen. El modelo falangista dominó hasta 1945, cuando, impactado por el marco internacional que quedaba tras la caída de Berlín, Franco consideró que la «desfascitización» debía llegar incluso a opacar a Falange. Se trataba de sobrevivir. Por eso, con dolor, cuenta Thomàs, el Caudillo tuvo que separar a Arrese, uno de los tres hombres de confianza, junto a Serrano Suñer y Carrero Blanco, con los que contó en su dictadura. Arrese ya no volvió a la escena política con fuerza suficiente. Había desempeñado el cargo de ministro secretario del Movimiento entre 1941 y 1945, y regresó al puesto en 1956 para quedarse un año con un sonoro fracaso. Sin embargo, su éxito había sido construir el partido único con el que soñó Franco para asentar su dictadura personal.

«Eugenio Montes tenía una mente privilegiada y fue una buena persona»

Documentos, en este caso cartas, son el cuerpo que sostiene el último trabajo de Manuel Rivero, que se dedicó a visitar una veintena de archivos para conocer la obra y figura de Eugenio Montes (1900-1982). Considera que el intelectual de Bande tiene una primera etapa como literato en gallego, en los años veinte del siglo pasado, que debe ser reivindicada por su calidad. Más allá de ser conocido por su vinculación con la Falange Española y de su amistad con José Antonio Primo de Rivera, Dalí o García Lorca, Montes, dice, fue una «mente privilexiada y una buena persona». En Montes, a través de los documentos, las cartas que escribió a favor de Otero Pedrayo, Risco, Augusto Assía o Sánchez Mazas reflejan, según Rivero, cómo les ayudó cuando estaban represaliados por el régimen franquista.



Editorial: Deputación Provincial de Ourense

ISBN: 9788416643608

Idioma: Gallego. Páginas: 287

Ourense 2024



SOBRE el cauce del río, el puente ata
en las aguas la luz del firmamento;
sobre el puente, en nocturna cabalgata,
de antorchas y de rezos roto el viento,
despojada la tierra de bajeza,
surge con la plegaria el sufrimiento .
Brotó en la noche frágil, la belleza,
y en el ancho silencio de la vida
mueren la muerte vieja y la flaqueza.
Flota sobre el cortejo, la florida
muerte de primavera: la de santos
y soldados, que nunca fue vencida.
Paso a paso, entre el salmo de los cantos
marcha en hombros ganados para España,
el que en la muerte dio sed a los llantos.
En el cruce fugaz de la guadaña,
aquél que señaló nuevo destino
en la línea del llano y la montaña;
el que supo elegir duro camino

y enderezar los siglos de la Historia
en acueducto eterno sobre el sino;
el que supo del alma la victoria
en el valor continuo de los días,
y el que supo en la muerte de la gloria.
Hoy -quien pasó del caos las noches frías-
sobre los hombros duros de sus gentes,
une en sus mares álgidas porfías.
En nocturno silencio del que siente
en lento caminar de las etapas
ver un mundo girar del que es simiente.
A espaldas del Levante de los mapas,
de cara al nuevo hogar del Monasterio,
fortaleza española de los Papas;
sobne el Tajo rojizo de misterio,
ante los campos cálidos de guerra,
se siente Emperador del nuevo Imperio
al acercarse al Templo de la Tierra.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com